

Identidad y discurso en jóvenes adolescentes del Colegio Universidad Cooperativa de Colombia¹

Identity and discourse in young teenagers
of the Colegio Universidad Cooperativa de Colombia

Germán David Gómez Palacio*
Nayib Carrasco Tapias**

Recibido: 16 de abril del 2012

Aprobado: 20 de mayo del 2012

RESUMEN

La investigación “Identidad y discurso en jóvenes adolescentes del Colegio Universidad Cooperativa de Colombia”, realizada en la Facultad de Psicología de la Universidad Cooperativa de Colombia, del 2009 al 2010, por el grupo de investigación “Educación y desarrollo”, indaga sobre cómo los discursos inciden en la identidad de los jóvenes del Colegio Universidad Cooperativa de Colombia del corregimiento San Antonio de Prado del municipio de Medellín. Para explicar la identidad, se parte de las consideraciones teóricas que la consideran como un proceso dinámico, no estático, cuestionando así las concepciones tradicionales del desarrollo humano a través de etapas inmodificables. En este trabajo se propone una perspectiva dialéctica en la que confluyen aspectos particulares y sociales del sujeto, los cuales permiten la emergencia de nuevas formas narrativas y

ABSTRACT

This research, carried out at the Faculty of Psychology of the Universidad Cooperativa de Colombia between 2009 and 2010 by the “Education and development” research group, studies how discourse affects the identity of the youths from the Colegio Universidad Cooperativa de Colombia in the *Corregimiento* of San Antonio de Prado in the municipality of Medellín. In order to explain identity we start from the theoretical considerations that consider it a dynamic process, rather than a static one, thus challenging the traditional conceptions of human development through unmodifiable stages. In this work we propose a dialectic perspective in which particular and social aspects of the subject come together. This allows the appearance of new aesthetic and narrative forms of identity that are subject to the changes and times science proposes.

Cómo citar este artículo: Gómez Palacio, G.D. y Carrasco Tapias, N. Identidad y discurso en jóvenes adolescentes del Colegio Universidad Cooperativa de Colombia. *Revista Pensando Psicología*, 8(15), 54-73.

¹ Artículo de investigación derivado del proyecto de investigación “Identidad y discurso en jóvenes adolescentes del Colegio Universidad Cooperativa de Colombia” realizado en la Facultad de Psicología de la Universidad Cooperativa de Colombia. Su desarrollo fue posible gracias a recursos aprobados por el Comité Nacional para el Desarrollo de la Investigación (Conadi) en el 2009-2010, y fue realizada por el grupo de investigación “Educación y desarrollo”.

* Psicólogo de la Universidad de San Buenaventura. Magíster en Psicología y Salud Mental de la Universidad Pontificia Bolivariana. Especialista en Psicología Clínica y Salud Mental de la Universidad Pontificia Bolivariana. Docente investigador de la Facultad de Psicología de la Universidad Cooperativa de Colombia, sede Medellín.
Correo electrónico: german.gomez@campusucc.edu.co

** Psicóloga de la Universidad del Norte. Magíster en Psicología de la Universidad de San Buenaventura, Medellín. Especialista en Gerencia del Desarrollo Humano de la Escuela de Administración, Finanzas y Tecnología (EAFIT). Decana de la Facultad de Psicología de la Universidad Cooperativa de Colombia, sede Medellín.
Correo electrónico: nayib.carrasco@ucc.edu.co

estéticas de la identidad que están sujetas a los cambios y a los tiempos que propone la ciencia.

Palabras clave: adolescencia, discurso, identidad, interacción social, subjetivación.

Introducción

Lo que se ha denominado identidad no es un hecho consumado, sino un concepto que los hombres siguen construyendo desde sus propios lenguajes; no es una esencia inmutable inamovible, sino que es ella en la medida en que, al igual que los hombres, puede cambiar para seguir siendo lo que es (Hurtado, 2003). En esa medida, la identidad está sujeta a la civilización, a los nuevos tiempos y a la globalización, lo cual implica una sujeción a los nuevos síntomas y, por consiguiente, a las diversas formas de goce.

Cada época propone lo que Soler (2010) denominó *maneras de gozar*, que es lo que el psicoanálisis plantea como *discurso*. El discurso es lo que estructura y regula los lazos sociales, y es por medio del cual se explica la manera como se llevan a cabo las interacciones y los efectos que se derivan de estas. La identidad es un fenómeno que, siendo parte del lazo social, está sujeto a los cambios y vicisitudes de este.

Para la filosofía moderna no hay duda de que una de las preocupaciones principales del hombre es la intensa aceleración del fenómeno de la pérdida de “identidad individual” que aflige prácticamente a todas las denominadas sociedades “avanzadas” desde ya hace cierto tiempo. Sin embargo, para este dominio científico (la filosofía), el problema de la “identidad” se refiere a un asunto bastante complejo, más bien bizantino: el problema de comprender y explicar cómo una sociedad puede seguir siendo la misma; en contraposición, se diría que es más adecuada y útil la preocupación por el sujeto (Mordini, 2006). Preguntarse, por ejemplo, cómo el joven adolescente significa los nuevos efectos de la sociedad y la cultura sobre su identidad, y cómo asume la

Keywords: adolescence, discourse, identity, social interaction, subjectivation.

tecnología, la sexualidad, la familia y la violencia actual, entre otros discursos.

Desde las ciencias sociales y humanas se ha explicado que el mundo siempre ha elegido vivir la vida de tal o cual manera, adaptándose a lo que se define como discurso. Frente a ello, la cultura ha respondido, y muchas veces su respuesta ha sido en conjunto, a través de comunidades definidas. Las miradas antropológicas, sociológicas y algunas psicológicas veían en ese contexto fenómenos grupales homogéneos, muy propicios para estudiar las representaciones de la identidad cultural, la identidad nacional, el arraigo a la tierra y la defensa de las costumbres; todo aquello era posible denominarlo *identidad*. Hoy vemos que la división del “conjunto” es evidente. Ya se puede reconocer en los grupos que defendían sus costumbres como soporte de su identidad la emergencia de otras formas de representarse como miembro de un grupo.

Para el psicoanálisis la identidad tendría poco que ver con esa verdad del grupo y del sujeto. No se trataría en este caso de defender, sostener, reforzar la identidad a toda costa, sino de representarla. Cada quien tiene su identidad, pero esta responde al deseo del “otro”, el cual es imaginario, es decir, es la idea que se tiene de lo que él desea. Por tanto, la identidad es un movimiento de conveniencia, en el que cada quien entra para sentirse cómodamente amado, aceptado y valorado. En la interacción social hay que ser identificado para ser amado. En ese sentido, la identificación es el principio mismo del lazo social. El que no se identifica es rechazado porque no comparte el significante “amo”, el cual permite ser referente para un grupo, para una cultura, para una sociedad y para sí mismo (Strauss, 1998).

Referentes conceptuales

Identidad y contexto sociocultural

La identidad ha sido un elemento fundamental para la psicología en el análisis del comportamiento. Su importancia radica en que permite comprender, además del comportamiento, los elementos que están presentes en los vínculos que los sujetos entablan con su entorno social. Independientemente del término que se le quiera atribuir, lo que se conoce como interacción social es parte esencial en la constitución de un sujeto y de su identidad; resultaría imposible en un sentido psicosocial definir el sujeto como un acontecer puramente psíquico o exclusivamente social.

En el vínculo social se juega la calidad de las relaciones que se establecen con los otros. Al respecto, es necesario decir que todas las relaciones que permite la trama social no son de la misma consistencia, sino que hay presente en ellas un “toque” singular. La identidad es el elemento que se elige como uno de los significantes principales para la comprensión del sujeto social, por cuanto es a partir de allí de donde surgen las características que singularizan a cada quien.

Es importante tener claridad sobre lo singular, porque la identidad habla de diferencia. Lo singular es la forma como el ser humano se reconoce como sujeto del lenguaje, del discurso. También es la manera individual como cada quien asume la injerencia de los nuevos discursos que componen la civilización. Para decirlo en pocas palabras, la individualización consiste en convertir la identidad humana de algo dado en una tarea, y cargar a los actores con la responsabilidad de realizarla y lidiar con las consecuencias (también con los efectos secundarios) de su realización.

Las nociones contemporáneas de identidad se desligan de absolutismos que la colocan como una categoría fija. Duero (2006) sostiene que alguna forma mínima de identidad personal se asienta sobre la experiencia de *agentividad* (la sensación de ser causa de una acción),

la cual estaría intrínsecamente conectada con las de “subjetividad” y “voluntad”. Estas dos categorías son construidas por los sujetos en relación con los contextos sociohistóricos y culturales. Tal consideración está en concordancia con lo que Revilla (2003) señala como acepción fundamental.

Lo que determina la identidad es la asunción de un conjunto de significaciones que van a depender de discursos, de momentos específicos y de los lazos sociales constituidos en los que tiene lugar la formación de esa identidad. Por tanto, no sería posible avalar la idea de una identidad concluida. Cuando se apela a un concepto absoluto que no soporta la verificación, la generalización y todos los elementos que avalan el positivismo lógico, surge la posibilidad de una reflexión diferente sobre la identidad. De este modo, la identidad es lo subjetivo, pero también lo social: son las pertenencias y exclusiones, las afinidades y diferenciaciones, las cercanías y los distanciamientos. Se puede decir, además, que la identidad está vinculada con la concepción de sociedad y con la percepción que se tiene de la propia posición dentro de esta. También las expectativas, los valores y las normas forman parte del mismo proceso unitario de conformación de la identidad (Graffigna, 2004).

Identidad y juventud

La juventud representa una etapa importante dentro de lo que es llamado desarrollo humano. Es un periodo complejo en el que se comienzan a resignificar los elementos que caracterizaron la vida de niño; la época de la adolescencia y la juventud abarca casi una década, es un momento de grandes cambios en todas las esferas de la vida, que se desencadenan a partir de la pubertad y desorganizan la identidad infantil construida en casi seis años de latencia o edad escolar básica:

Se trata de un periodo difícil, tormentoso, de gran vulnerabilidad, pero también de grandes oportunidades de cambio y avance en todas las esferas: física, intelectual, moral, social, que desemboca

en una nueva organización de la personalidad y en la conquista de la identidad (Merino, 1993, p. 18).

Lo que es denominado como *conflictivo* en la adolescencia es el paso que implica para el joven la significación de su identidad. Al joven adolescente se le impone la situación de querer apartarse de todo aquello que hasta el momento se le ofrecía como seguridad. Eran aspectos que dependían de “otros”, como la familia y los amigos, y que son revaluados para elaborar su propio lugar en el mundo. Durante este tiempo ocurre un cuestionamiento a todo aquello que ha venido siendo seguro en su vida pero que ahora es percibido como impropio. La conquista del sentimiento de identidad constituye la subjetivación. La juventud implica la tarea de desprenderse como nunca antes de lazos familiares de dependencia a los que estaba sometido y acostumbrado, requisito fundamental para desempeñar roles de adulto en la sociedad. En la medida en que el joven reconoce la capacidad de construir su versión frente al mundo, se le hace posible un amplio espectro de posibilidades y decisiones que se pueden tomar frente a su realidad (Blos, 1979 citado en Merino, 1993).

La posibilidad de construir la realidad a partir de su criterio es una tarea que se adquiere a través del ejercicio de significar los fenómenos. Es decir, el joven podrá identificarse una vez pueda poner a prueba su juicio sobre la realidad. El acto de significar al “otro” en toda su dimensión le va a permitir al joven construir su propio mundo. El cuestionamiento del joven sobre su vida repercute en su realidad, lo cual incide en varias áreas porque la creciente capacidad de abstracción se aplica a reflexionar sobre sí mismo, sobre el mundo cotidiano, el inmediato y el familiar, el de su sociedad, de su nación y de su universo mismo. El joven adolescente compara, hace analogías, descubre contradicciones en las palabras y en los hechos, se torna crítico, y trata de encontrar las leyes generales que dan una explicación y un sentido a su comprensión.

Metodología

La investigación se realizó a partir de un diseño cualitativo teniendo en cuenta las propiedades y dimensiones del fenómeno. Este diseño implica un proceso inductivo que trata de dar sentido a la situación estudiada desde la vivencia e interpretación de los actores. La realización de la investigación tuvo lugar en el Colegio Universidad Cooperativa de Colombia, ubicado en el corregimiento de San Antonio de Prado, municipio de Medellín, departamento de Antioquia. Para la investigación se seleccionó una muestra a conveniencia de 12 jóvenes entre los 14 y 18 años. Todos los entrevistados son estudiantes del colegio en mención. Los criterios de inclusión responden principalmente a la edad estipulada, a su pertenencia al colegio y al deseo de participar voluntariamente en la investigación respondiendo a la entrevista realizada. Toda participación de ellos estuvo precedida de la firma del consentimiento informado.

El método de investigación utilizado fue el estudio de casos, lo cual permitió llegar a comprender el fenómeno en circunstancias específicas. Stake (1998) plantea el estudio de casos como análisis intrínseco e instrumental que permite obtener una comprensión general del fenómeno. Como técnica de recolección de información se utilizó la entrevista a profundidad. Durante estas se indagó con los actores el sentido otorgado a su experiencia sobre la comunidad, el colegio y en relación consigo mismos.

Durante el análisis de información se retomaron las estrategias planteadas por Strauss y Corbin (2002) sobre el proceso de codificación en la teoría fundamentada. Los autores en mención consideran que las estrategias de la teoría fundamentada pueden ser utilizadas para crear categorías teóricas a partir de los datos y analizar las relaciones relevantes que surgen. El estudio estuvo orientado a la comprensión de los fenómenos emergentes, de los datos obtenidos y la posterior relación con algunos constructos teóricos.

Inicialmente se realizó el proceso de *codificación abierta*, en el cual se procedió de manera inductiva, analizando frases con sentido, con la intención de identificar los conceptos, sus propiedades y sus dimensiones, y agrupando puntos similares de acuerdo con algunas propiedades definidas y agrupándolos en categorías. Luego se realizó la *codificación axial*, integrando los datos que se fracturaron durante la codificación abierta. Se denomina “axial” porque la codificación ocurre en torno al eje de una categoría y enlaza las demás en cuanto a sus propiedades y dimensiones. Posteriormente se procedió a organizar los datos y a integrar las estructuras con los procesos, lo que permitió que se seleccionara una categoría para ser el núcleo y relacionar todas las demás subcategorías alrededor del fenómeno central emergente, es decir, la dependencia de la identidad a los discursos que condicionan el lazo social.

Los resultados y su discusión

A continuación se presentan los principales hallazgos de la investigación, en la cual se identifican las categorías emergentes relacionadas con los fenómenos encontrados. Los resultados son ilustrados con frases textuales de los jóvenes entrevistados. Durante el proceso de investigación se pudo apreciar que la identidad depende del colegio como espacio formativo y educativo, de la comunidad y la amistad, la violencia y su incidencia en la comunidad, la función de la familia, la subjetividad y la sexualidad; todos estos discursos inciden en la manera como los jóvenes adolescentes se reconocen a sí mismos y se presentan ante los demás. Cada uno de esos discursos posee una dinámica particular que está mediada por un contexto violento, en el cual el miedo, la intolerancia y la desconfianza operan como significantes que determinan los lazos y los vínculos sociales establecidos.

Los discursos se refieren a la educación, que se dirige a todo lo que representa la institución educativa: la figura del docente, las personas

que ejercen la administración y las relaciones que se establecen con los compañeros de clase. La comunidad opera como discurso en tanto es el espacio conjunto que determina las relaciones sociales e instituye, por la vía simbólica, dinámicas que inciden en la identidad de los jóvenes; al respecto es importante anotar que en esta comunidad particularmente la violencia aparece como un fenómeno que interviene y determina la conformación de los lazos sociales instituidos por los jóvenes. En relación con la familia, se pudo apreciar que esta interviene desde el ideal en la identidad de los jóvenes. La sexualidad es un discurso que permite evidenciar la posición subjetiva del joven frente a la vida. En cuanto a la subjetividad, se observó que esta permitió observar el análisis propio de los jóvenes sobre las situaciones que se presentan en el contexto.

El colegio como espacio formativo y educativo

Para los jóvenes, el colegio es un lugar en el que es posible arraigarse; es una institución que cumple funciones significativas en sus vidas. Más que ser un espacio en el cual se produce malestar, desavenencias y dificultades, el colegio es representado como algo agradable, un lugar en el que se aprende, se hacen amigos, se le guarda respeto y se le defiende de los ataques difamatorios que puedan venir de la propia comunidad o del exterior. Al respecto una joven afirma:

Yo llevo once años aquí. He estudiado desde que el colegio empezó, desde preescolar, y sí, yo defiendiendo mucho mi colegio porque es que la mayoría de la comunidad de por aquí dicen que no, que el colegio no es bueno que porque aquí no enseñan nada. Entonces a mí me da rabia cuando hablan de eso, y yo digo que sí enseñan, porque yo soy un ejemplo de eso.

El hecho de haber estudiado un periodo largo en la institución, y haber vivido situaciones alegres y dolorosas, implica afectos que desarrollan un real sentimiento de pertenencia. El sentirse parte del colegio es

vital para que los jóvenes logren identificarse con la formación que se imparte allí.

Se pudo encontrar que en los jóvenes la identidad está sujeta a lo que emerge en el ambiente escolar. La influencia de la institución educativa en la identidad se evidencia principalmente a partir la interacción con directivos, profesores y compañeros que componen el conjunto de la población del colegio. También son importantes, aunque en menor escala, los valores que la institución promueve. Podría afirmarse que estos operan en la identidad de los jóvenes en tanto son encarnados y representados por los directivos, docentes y compañeros de aula. Para los jóvenes el docente representa una de las principales figuras en el logro de una formación y educación adecuadas. Podría decirse que el profesor es quien “vehiculiza” la función de educar y formar en tanto se hace representante de los afectos que están siempre presentes y que son determinantes tanto para la constitución del lazo social como para los procesos formativos e instructivos. En ese sentido una joven afirma:

Sí, yo la paso bien en el colegio, sobre todo con mis profesores, porque con los alumnos no me la llevo muy bien. A ver, yo me la llevo muy bien con ellos (con los profes) y les cuento mis cosas y todo, y ellos me aconsejan, y yo hago lo que ellos me dicen.

Otra de las características principales de la institución educativa en su función formadora y en la influencia que ejerce sobre la identidad del joven es que posibilita los espacios simbólicos (lo físico) y los imaginarios (las imágenes que el joven se hace de lo simbólico) para tomar decisiones, tener responsabilidad sobre sus actos y reconocer sus deseos (lo que quiere para sí). Tales efectos son descritos por una joven:

Yo quiero ser pues alguien en la vida y salir adelante. Me gusta mucho estudiar. La gente joven en este momento está como por pasarla bien, las farras, los novios, y se habla más que todo de eso. Pero para mí es como más importante el colegio,

esto es como todo para mí, sea feíto, lo que sea, es para yo poder ser alguien en la vida, tener una carrera, yo quiero ser abogada penal.

En ese sentido es necesario aclarar que la educación y la formación responden más al deseo del joven que a la demanda del medio. Son ellos quienes encuentran importante estar en el aula; existe el reconocimiento a la educación como un valor necesario para poder proyectarse a futuro. La aceptación del colegio en su rol formativo e instructivo crea un discurso frente al cual los jóvenes se identifican; es decir, no se trata de asumir el colegio como una imposición cultural, sino como una opción que representa el deseo y la elección de cada uno.

Existe una situación significativa que incide en el arraigo de los jóvenes al colegio: la dinámica que se explica a través de la movilidad estudiantil. Esto quiere decir que cuando los estudiantes no logran un proceso continuo en su formación, cuando pasan de institución a institución, sea por mala conducta, por traslado de domicilio o por cualquier otra razón, ocurren situaciones diversas que son desventajosas para ellos. Dicho de otra manera, si no se elabora un proceso de integración con la institución educativa, si no hay la posibilidad de construir una historia significativa a partir de la institución, lo cual implica permanencia en el tiempo y participación activa en las actividades de esta, la formación del estudiante y su aprendizaje se ven afectados.

La comunidad y la amistad en la vida del joven

Para los jóvenes, la amistad constituye el principal lazo a través del cual se hace comunidad. Dichas relaciones están hoy determinadas por la desconfianza, el miedo y el “individualismo”. De estas tres dimensiones, la desconfianza se impone y determina los vínculos comunitarios. Hay entonces una premisa que orienta todo contacto social: el “otro bajo sospecha”. Al respecto un joven afirma:

Por aquí la gente es muy dada a pensar mal de uno, no ven sino lo malo y todo el mundo desconfía de todos; si tienen la posibilidad de hacerle la “cagada” se la hacen. Yo antes sí tenía muchos amigos pero ya no, solamente el parcero que es con quien siempre me mantengo, y bien con él, normal.

La amistad es un valor tan presente como discutido por los jóvenes. Al respecto hay diversas percepciones, una de las cuales es que un amigo no se define sólo por el hecho de haberlo visto en el barrio, de haberlo saludado o incluso el haber tenido un contacto fugaz con él. Para estos jóvenes la amistad implica conocerse, y este encuentro, que es determinante para hablar de comunidad, debe estar mediado por la confianza.

La amistad no es un afecto que emerge de la nada, sino que además de la concepción propia que se hace el joven también hay un antecedente que parte de las versiones que sobre ella tienen dos figuras determinantes en la estructura de un sujeto: la figura paterna y la materna. Para estos jóvenes, los lazos sociales están precedidos por el juzgamiento que tienen los padres sobre el fenómeno en cuestión, es decir la amistad. Esto indica que hacer amigos está sujeto a lo que se determina y se ha asumido como amistad desde la propia familia; dicho en otras palabras, lo que un joven piensa sobre un amigo es el producto, en esencia, de lo que la amistad ha significado para su familia. Es una lógica que opera como designio en la institución del lazo social y en la identidad del joven. Al respecto una joven afirma:

Uno dice que tiene muchos amigos y uno le cuenta los secretos a los amigos que no se los cuenta a los compañeros, pero eso es muy delicado porque llega el día que le meten el puñal por la espalda. Como dice mi mamá, que uno no puede confiar ni en los calzones que se pone porque al otro día hay que cambiarlos; y si a mi mamá le pasó así, así es.

En estos términos, la comunidad —que es percibida por los jóvenes especialmente a partir de un afecto como la amistad— no favorece las relaciones sociales fluidas y, en consecuencia,

los jóvenes asumen formas particulares de interactuar, se crean síntomas cuya función principal es permitir atenuar la frustración y el miedo que causa la desconfianza de las relaciones establecidas con los semejantes. Esas formas particulares de las que se habla son la soledad, el hermetismo, el silencio, el sigilo constante, el rechazo, la apatía y la segregación frente a los demás. En el siguiente relato se puede observar una expresión sobre el silencio y el aislamiento: “Es mejor alejarse de las personas, quedarse muy callado; tampoco dejarles de hablar, ni negarles el saludo, sino que uno ya sabe cómo es con ellos, y con quienes uno se hace”.

En estos jóvenes, la interacción social conlleva de manera implícita una actitud de precaución debido a que se piensa que al instituir un lazo social o afectivo este puede traer más complicaciones que beneficios. La soledad es consecuencia de la pérdida de confianza en las relaciones que se puedan establecer. Tal sentimiento de pérdida se ve acompañado de lo que significa privarse de compartir con los demás y posibilitar mejores relaciones en comunidad. El hermetismo se aprecia en el silencio de los jóvenes frente a situaciones que implican un compromiso más allá del saludo, al entablar una conversación, en el laconismo de sus respuestas y gestos. Un entrevistado lo expresa de manera directa: “Con la gente yo digo lo que tengo que decir y pare de contar [...] la gente no tiene que saber más de mí”. Para estos jóvenes tener pocos amigos se ha vuelto costumbre; es recurrente dudar de todos y prescindir de los demás. Un joven lo afirma:

Yo nunca he visto a las personas como amigos, son muy poquitos. En cierto sentido, amigos casi no hay; a veces cuando uno los necesita te voltean la espalda entonces muy maluco. Desde eso no tengo esa mentalidad así como amigos, solamente amistades; gente con quien charlar, a veces desahogarse y nada más.

La dinámica planteada entre amistad-amigo sugiere que la amistad apunta más a la constitución de un lazo, es decir, a las relaciones que inevitablemente se establecen cuando se está

en comunidad. Un amigo está más del lado del vínculo, con él hay un compromiso de confianza, fidelidad, respeto y cariño. Se pudo evidenciar que la relación amistad-amigo plantea criterios complejos que pueden ser excluyentes y contribuir a la condición solitaria del joven, debido a que para ser un amigo los criterios son altos y rigurosos.

Existen diferencias en la manera como se percibe la amistad en hombres y en mujeres, y en cómo es significado un amigo. Si bien se piensa que lo que representa la amistad y ser amigo es generalmente similar para ambos sexos, la forma como es expresado varía de uno a otro. Para las mujeres, los criterios que permiten poner a prueba un amigo están más en relación con la fidelidad en la amistad, y para los hombres en el respeto al poder y al reconocimiento a la valoración mutua de logros principalmente materiales.

En las mujeres, por ejemplo, los amigos están investidos de amor, sin querer decir con ello que es siempre un amor de enamoramiento, sino que también hay lugar para los tipos de amor casi fraterno. En ambos casos, tanto en el amor-enamoramiento como en el amor-fraterno las mujeres fueron explícitas en cuanto a que lo que duele de una amiga o amigo es que traicione el amor (significado a través de la confianza, la fidelidad, la solidaridad y el respeto) puesto en el vínculo establecido. Una joven afirma: “Lo que más me da rabia es que yo veo casos que le quitan los novios a las amigas y esas son dizque las amigas”.

Para las mujeres entrevistadas ese amor al que se hace referencia es un afecto frágil porque depende de situaciones difíciles de manejar, sobre todo en aquellas circunstancias que tienen que ver con la intimidad. La amistad en las mujeres se ve permanentemente a prueba porque las amigas se “cuentan todo” y no saben guardar silencio en lo que debería ser “secreto”. Una joven dice al respecto:

Yo tengo unas amigas muy extrovertidas, y a mí no me gusta porque ellas comienzan hablar de esto de aquello y eso me parece inmadurez, porque como

contar lo que hizo en la intimidad. Porque ya lo que pasó con el *novio* pasó, eso queda entre la pareja, pero uno que contarle a una o a la otra lo que pasó, eso es muy horrible.

Para las jóvenes, compartir lo íntimo hace parte del vínculo que establecen como amigas. Más que intercambiar experiencias, se trata del compromiso que esto implica, de la valoración que se le da a lo que parece secreto; entre más íntimo sea el suceso que se confía, mayor será el compromiso de quien lo escucha, y en consecuencia más dolorosa podrá ser la traición, que es, esencialmente, traición a la confianza. Esa lógica sella un grado de amistad de invaluable confidencialidad y reciprocidad.

La amistad entre amigas parece estar apoyada en una base endeble, no dura mucho tiempo y los pactos se rompen con facilidad. La causa principal del rompimiento radica en la traición del secreto, que es lo que sellaba el pacto de una verdadera amistad. Al respecto una joven expresa:

[...] los malos recuerdos a uno lo afectan, ella [su amiga] comenzó a decir cosas que yo no sé porque las contó, y mi mamá me dijo “yo le dije desde el principio que no se metiera con ella”, y me dijo “póngale ocho días para que usted ya no sea amiga de ella”; y así fue, ocho días y ya no somos amigas.

En los hombres las cosas ocurren de manera diferente. Los afectos, y principalmente el amor, aparecen ocultos, están implícitos en las acciones que se llevan a cabo, no son expresados de manera evidente como sí ocurre en las mujeres. En los hombres, al parecer, la amistad y los amigos no están aparentemente tan ligados a la intimidad sino más al placer conjunto. Un joven afirma: “Amistad es compartir con las personas que uno quiere, con las personas que uno se siente bien”.

El compromiso como aspecto valorable de la amistad entre hombres evidencia de otra manera los efectos. Las expresiones están más condicionadas al contexto social, son más públicas y no están depositadas tanto en el ámbito

íntimo. En ese sentido, los jóvenes adolescentes del colegio diversifican sus relaciones, no se comprometen, y tienden a reproducir en los vínculos de amistad las experiencias que viven en el ámbito social, esto incluye desde la simpatía y la alegría, hasta la agresividad y la violencia.

Los jóvenes del colegio tienen la idea de que en su comunidad los vínculos sociales se instituyen según criterios de agresividad y violencia, lo cual les exige no solamente esfuerzos para hacer amigos, sino también estar a la defensiva. Un joven afirma: “Yo nunca he sido una persona pues así que le gusten los problemas, entonces trato de ser una persona amistosa, pero cuando toca, toca”.

En los jóvenes entrevistados los lazos de amistad tienden a estar mediados por acciones que cobran mayor riesgo, es decir, el hombre joven se ve más comprometido a reproducir en la amistad las dinámicas instituidas en su barrio, como la violencia e incluso las acciones delincuenciales. En muchos de los relatos de los jóvenes se pudo apreciar esa especie de significación violenta con la que el joven se identifica y que reconoce como destino en su vida social. Un joven dice al respecto:

A mí no me gusta ofender a nadie, ya cada quien con lo suyo y yo con lo mío, yo con los amigos míos donde esté sin buscarle problema a nada ni a nadie. Ya cuando a uno le buscan problema ya eso es otra cosa.

Los actos agresivos y las acciones violentas son significantes que para los hombres parecen fortalecer las relaciones. Podría hacerse una especie de paralelo entre la fortaleza de la amistad en las mujeres en cuanto hay fidelidad en los secretos que tocan lo íntimo, y la consistencia de la amistad entre los hombres en cuanto se prueba la valentía y la fidelidad en acciones que implican riesgo y poder. Un joven relata:

No, eso estuvo mal. Yo me arrepentí y el parcerero también, eso fue mera vuelta, pero mejor que nos cogieron porque si hubiera coronado ahí, ahí sigue metido a lo bien con el parcerero.

Al parecer, así como en las mujeres los vínculos de amistad se fracturan con la traición de un secreto íntimo que es una falta al amor depositado en una amigo o amiga, en los hombres las relaciones se revalúan cuando las acciones que se llevan a cabo tocan límites (estar presos, atentar contra la propia familia y, en algunos casos, hasta “encontrar” la muerte). Un joven relata:

No, porque iba con un primo mío a atracar a un señor, un primo muy loco al que no le vuelvo a copiar y ahí lesioné al señor, le metí una puñalada en el hombro; entonces ahí nos cogió la policía y ahí quedé. Eso lo tiene todo fiscalía y nos están haciendo unas audiencias. Yo estoy en rehabilitación también donde otros psicólogos.

La violencia y su incidencia en la comunidad

La violencia es un fenómeno que deteriora la sociedad fisurando la confianza entre los jóvenes; ese es quizá uno de los efectos más dañinos de esta en la formación del lazo social.

En los sectores aledaños al colegio, las guerras entre bandas han introducido una dinámica comunitaria específica que determina cómo relacionarse entre sí. El conflicto que vive el sector impone criterios que orientan las relaciones. Una de las indicaciones implícitas a seguir es la de cuidarse siempre del semejante. Un joven lo constata de la siguiente manera:

Cada quien que se cuide, yo le digo a mi hermanito: “mire por ejemplo a Cristian, un compañerito, lo mataron y eso fue el año antepasado y hace poco mataron a otro que estudiaba acá”. Le decían X no sé cómo se llamaba, él era muy simpático.

Los jóvenes dejan entrever que la duda sobre la procedencia y las intenciones de los demás son fundamentos que sostienen actualmente cualquier intención de relación social. La duda sobre el semejante constituye un significativo de mayor relevancia para explicar el miedo a tener problemas con los demás. Es más significativo el temor que causa no poder

confiar en nadie, que la frustración que produce sentirse rechazado por alguien cercano o por la comunidad en general. Un joven lo expresa así:

Uno no sabe quién es quién en la calle, de pronto uno no sabe con quién se está metiendo, que si está con los de arriba o con los de abajo, entonces si es mejor llevarla bien porque es maluco estar pensando que uno no está bien con todos.

Así, a causa de la desconfianza, el contexto en el que se desenvuelve la comunidad es percibido como violento. La mayoría de los jóvenes entrevistados dan cuenta de ello. De una u otra forma, en las versiones que se obtienen, se afirma que la presencia de bandas en el sector mengua la calidad de las relaciones en comunidad. Uno de los efectos más cotidianos y de mayor relevancia son los límites entre sectores. Un joven afirma sobre la implicación de los llamados límites imaginarios: “Pues la verdad, es que lo marginan a uno porque ya no podemos pasar para otros barrios”.

La delimitación entre barrios es percibida por los jóvenes como un significado de marginación, es decir, se observa que los jóvenes entrevistados sienten que los barrios en los que habitan son espacios limitados territorialmente, que se rigen por ciertas condiciones y presentan riesgos si las advertencias no son atendidas. Los límites territoriales tienen sus implicaciones; pertenecer a un barrio u otro quiere decir ser diferente. “No ser de por aquí” es como soportar una especie de extranjería en el país natal. Los jóvenes se perciben ajenos en lugares que alguna vez sintieron propios. La delimitación de fronteras es a veces por cuadras, por espacios muy reducidos que en muchos casos se hace difícil reconocer. Con la demarcación de límites territoriales viene el súbito desconocimiento de los habitantes del sector y, en muchos casos, el odio sin razón aparente. Con los territorios delimitados, las similitudes tienden a desaparecer y las diferencias se convierten en el eje rector del lazo social y de la dinámica comunitaria.

Pertenecer a uno u otro sector del barrio posibilita que un sujeto adquiera características particulares, diferentes, a tal punto que se puede ser extraño en una comunidad que antes fue propia. La diferencia territorial, los denominados “límites imaginarios”, implican riesgos; significa, entre otras cosas, que el pertenecer a un sector puede acarrear problemas, por cuanto se es un representante natural de los conflictos o desavenencias con otros barrios. Esto ocurre así no se sea parte activa de algún conflicto. En la estrategia excluyente que plantean los llamados “límites imaginarios” se corre el riesgo de que cualquier acto, como pasarse de una cuadra a la otra, desacatar una norma o, incluso, ser interpretado por un simple gesto de forma equivocada puede poner en peligro la vida misma. Al respecto un joven relata:

La situación por aquí está maluca, no puede uno mirar, porque dicen que está mirando feo o que se metió a otro barrio, entonces es mejor uno no salir del barrio de uno, de donde uno es, sin uno deber nada.

Otro de los riesgos más visibles derivados de los “límites imaginarios” radica principalmente en que las diferencias que alguna vez fueron insignificantes se tornan irreconciliables. La agresión, los malos tratos y las amenazas se exacerban propiciando situaciones que enfatizan la desconfianza como el afecto que precede toda relación.

La función de la familia en la identidad del joven

Para los jóvenes entrevistados la familia es un soporte de incalculable valor. Ella representa apoyo y afecto. En las entrevistas se pudo apreciar que esta es la que valida o desaprueba tanto logros como fracasos. Al respecto un joven comenta: “Ellos lo aconsejan a uno y le hablan bien a uno, sino que ya el malo ahí es como uno. Pero yo me quisiera como regenerar para demostrarles que yo también soy capaz de salir adelante”.

La implicación de la familia ocurre no siempre de manera explícita, sino que también opera como ideal. Dicho de otra manera, cumpla o no con su función, la familia es el referente fundamental de todo lo que los jóvenes hacen o dejan de hacer; de esa manera, en tanto ideal, la lógica familiar estructura la identidad del joven. En cuanto a la importancia de la familia en su vida, una joven relata:

Mi familia es la que me guía, ella me dice qué está bien y qué está mal. Entonces yo ya sé que si voy a hacer algo malo, yo sé que mi mamá ya me lo ha dicho, me lo ha advertido y eso se me cumple.

Una de las características principales de la familia es que su función pasa de ser exclusivamente un soporte económico; su implicación va más allá. La unidad, los consejos y el afecto suelen ser sinónimos frecuentes con los cuales los jóvenes califican a sus familias, es decir, para ellos una familia es aquella que, además de proveer apoyo económico, también ofrece afecto. Una joven afirma:

[...] yo quiero que mi familia me quiera por siempre, y también quiero estar consciente de que las cosas que yo haga estarlas realizando unida con toda mi familia. Ellos me quieren mucho y ojalá que las cosas se hagan realidad; ojalá que la relación con mi familia siempre sea así como es ahora.

Una de las características que define la familia es que esta opera desde el ideal y por tanto se le atribuyen características que están más allá de lo realizable. Sin embargo, y a pesar de todas las carencias que se puedan reconocer en una familia, el joven espera que funcione tal y como él desea, como la ha imaginado, y siempre alberga esa ilusión.

En muchas ocasiones, se pudo apreciar que los jóvenes excusan a sus padres y por ende a sus familias de las faltas cometidas y prefieren no hablar de ello. Por el contrario, hacen énfasis en las fallas cometidas por ellos y en la implicación que estas tienen en sus familiares. Los jóvenes se ponen en el lugar de solucionar los errores que deberían ser asumidos y

remediados por los miembros de su familia o por la familia como grupo. Una joven afirma:

[...] yo a veces pienso que se muera todo el mundo y que quede mi familia esté como esté. Tanto chisme tanta envidia hace que la familia se perjudique. No sé por qué si yo tengo problemas en la calle mi familia tiene que chupar, ellos nunca hacen nada. Yo le digo a la gente que arreglemos las cosas, que no se metan con nadie de mi familia. Yo siempre trato que las cosas no perjudiquen a mi familia.

El ideal de familia hace que el joven se atribuya, entre otros, las carencias y los fracasos tanto de sus padres como de sus hermanos. En esa medida, la familia adquiere una especie de lugar "sagrado" cuya integridad se empeñan en preservar los jóvenes. Al respecto, se pudo observar que tal defensa de la familia trae sus riesgos, uno de los cuales es el sentimiento de culpa, que hace sentir al joven como alguien que le ha fallado a sus seres queridos, aunque en realidad no halla cometido ningún acto para justificar tal sentimiento.

Los jóvenes sienten que el fracaso siempre es producto de sus propias imposibilidades. Existe un desconocimiento del rol evidente que la familia juega en su identidad. En cierta forma el joven se atribuye una responsabilidad exagerada sobre los destinos de los otros más cercanos. Así, la familia se concibe más como una víctima expuesta a los rigores sociales, que como una institución responsable en la formación de sus integrantes. Un joven comenta:

No, las familias son bien, sino que es que ahí como que los descabezados somos los pelados. En el barrio mío somos puros primos y ya ahí los descabezados somos los primos, entonces toda la familia se reúne ahí a hablarnos, a aconsejarnos, a regañarnos, yo no sé; uno como que no le para bolas a eso sino cuando le pasan las cosas a uno, ya uno sí empieza a trastornarse.

Ese carácter de *ideal* que los jóvenes entrevistados dan a la familia también hace que el futuro anhelado esté condicionado a ella. El círculo familiar constituye el soporte para la

planeación del futuro, es la unidad que cata-pulta el ideal de los jóvenes adolescentes. Un joven afirma:

En el sentido de que pues ellos, como les había dicho anteriormente, ellos quieren lo mejor para uno, ellos me van a ayudar en todo lo que yo haga, tratan de inculcar valores, como les dije también que lo enmarcan a uno. Una familia comprensiva está con uno en las buenas y en las malas; de eso se trata la familia, que siempre esté con uno, pues para apoyarlo en lo que uno quiera hacer, así, en el futuro.

Se puede afirmar que el deseo de estos jóvenes se origina y encuentra su soporte principal en la familia. Dicho de otra manera, ella es el significante que los representa desde el principio de sus vidas porque es el soporte afectivo y, por tanto, orienta el futuro. Al respecto una joven afirma:

[...] todo depende de cómo lo traten a uno en la familia, uno puede salir adelante, pues tiene el apoyo de ellos para hacer lo que uno quiere. En cambio si uno no siente el apoyo de la familia, se siente solo y no puede hacer casi nada de lo que uno quiere.

Subjetividad e identidad

Según las entrevistas se pudo deducir que los jóvenes se definen a partir de lo que los demás dicen de ellos. Las palabras que utilizan para designarse a sí mismos forman parte de la cotidianidad expresada en los lazos que entablan. Existe una designación que determina la identidad, la cual está constituida de los significantes sociales y culturales que emergen. Una joven afirma al respecto:

Yo soy una persona que me dejo llevar; a veces soy muy desobediente con todo el mundo, pues ellos son los que lo cambian a uno. Yo soy altanera, porque yo soy muy altanera... pero sé tratar la autoridad de los que mandan.

También se encontró que los aspectos sociales (lo general del contexto), culturales (lo cotidiano específico del contexto) y comunitarios (lo que se comparte en comunidad) que

son representativos para el joven adolescente condicionan las formas de relacionarse. Los tres aspectos antes mencionados permiten al joven experimentar la sensación de que su vida y su deseo depende más de los otros que de él mismo. Ello se evidencia cuando, por ejemplo, expresan no poder reaccionar de manera adecuada a una situación en la que creen que podrían actuar diferente. Una joven dice al respecto: “No, desde que las personas me tratan a mí así mal, pues a mí me tratan mal y yo trato mal. Yo sé que eso está mal pero no soy capaz de reaccionar de otra forma”.

En el contexto en el cual se realizó el estudio, se pudo observar que la forma de ser de los jóvenes, la manera como se establecen los vínculos, está marcada por una situación de tensión. Como se anotó anteriormente, las relaciones que establecen los jóvenes del colegio están precedidas de desconfianza, lo que es entendido como una especie de “precio” que se paga por vivir en un ambiente hostil. Según ellos, para entablar lazos sociales es necesario derribar inicialmente el imaginario de “el otro bajo sospecha”, sólo una vez develada esa incertidumbre se abre el camino al establecimiento de la confianza. La institución de lazo social con los demás implica adoptar una forma específica de presentarse frente al otro; una de las que más sobresale es la del “fastidioso”. Al respecto un joven comenta:

Yo me defino como un fastidioso, sí, uno tiene que decir lo que uno es, un descabezado ahí. Haciéndole mal a la gente, claro, descabezado, mala persona.

El “fastidio” es una actitud frecuente hacia el otro, su característica principal es que incomoda sutilmente a los demás. El “fastidio” encierra una especie de “goce” en ver a los demás enfrentados a su propio malestar y en saberse generador de ello. El mismo joven continúa:

Pues yo no sé, es que yo tengo como una mentalidad de un fastidio, a mí como que me gusta reírme bastante, entonces me pongo a molestar la gente por ahí. Y a ellos no les gusta y les da rabia y yo me río viéndolos alegar; yo mantenía unas

cuchas por allá por la casa azotadas tirándole piedras a los techos y todo, y uno bien grande, uno ya sabe qué es lo que hace.

Así como cada joven se presenta ante los demás, de esa misma manera es percibido. Hay sincronía perfecta entre la transmisión de afectos y la recepción de estos. Si un joven quiere expresar “fastidio” se vuelve en realidad fastidioso y logra enrarecer incluso el ambiente en un aula de clase. Un joven lo confirma: “Yo no sé, uno como por problemas, cuando uno está en clase y uno pregunta alguna cosa y el otro revira, a uno como que le da rabia, entonces uno ya ahí como que empieza a caer mal”.

Tal sincronía en la expresión y recepción de afectos demuestra que, al parecer, los jóvenes entrevistados evidencian la existencia de “códigos” que permiten asegurar una comunicación perfecta mas no adecuada. Tales “códigos” son producidos por la sociedad, están avalados por el sujeto y tienen su arraigo en una historia tanto individual como colectiva. La forma de relacionarse va instituyendo ciertas lógicas específicas que son reconocidas por el entorno y aceptadas por la comunidad de una u otra manera. Por ejemplo, la validación en los grupos de jóvenes exige conductas, ciertas actitudes necesarias para poder ser aceptado; la diferencia en muchos casos no es tolerada. Un joven lo expresa de la siguiente manera:

Yo no sé, una actitud así. Pero yo a toda hora soy riéndome. A mí para que me dé rabia es durito. Es que yo no sé la gente que le da como cosa que uno se ría y todo. Claro, aquí más de uno se asusta que porque yo me mantengo riéndome... no es que esté marica es que se mantiene trabado que yo no sé qué, que esa risa tan “guevona” que yo no sé qué.

Las respuestas de los jóvenes a diferentes eventos de la vida cotidiana son reacciones producidas desde una actitud agresiva o, en el peor de los casos, violenta. Según la información recogida, la forma de interactuar indica que las expresiones de los jóvenes están mediadas especialmente por la intolerancia,

la cual reconocen como una conducta agresiva, de constante uso y comúnmente aceptada. Una joven afirma: “Por ejemplo cuando alguna compañera me hiere o algo, yo le respondo así como ella me hirió. O sea, no trato de hablar sino que de una a los gritos, así como ella me trató. Soy muy intolerante”.

Llama la atención el desconocimiento que se tiene del lenguaje como una herramienta mediadora en los conflictos y principalmente el poco valor que se le atribuye como una vía adecuada para solucionar las diferencias. El valor de las palabras no es suficiente, no significa tanto como para zanjar una diferencia. El lenguaje es superado en su función operativa, en su labor mediadora, por lo que se acude a los hábitos y las costumbres que normalmente simbolizan lo más primario, que es a su vez instintivo y que por efectos de cultura se muestra como agresión en su expresión violenta.

Al utilizar la violencia como medio de interacción se desvaloriza la función interactiva y mediadora del lenguaje. La subvaloración del lenguaje por efectos de su desconocimiento, por su inoperancia, representa una función que, más que acercar a los jóvenes, los distancia; es por ello que hoy lo simbólico en sus diferentes versiones (las TIC, la música, las señales, los gestos) se impone en este contexto y en otros como una estrategia fundamental en la institución del lazo social.

La sexualidad en la identidad

Para los jóvenes la sexualidad es el aspecto que remite a lo más íntimo de cada uno. Una cosa es lo que se dice de ella, lo que es impuesto, y otra es el criterio del joven al ejercer su sexualidad. En ese sentido, hay una distancia considerable entre “la sexualidad” y “su sexualidad”; “la sexualidad” que alude a la generalidad, y “su sexualidad” que implica lo exclusivamente perteneciente a cada sujeto. Es una lógica que va de lo general a lo particular.

Para los entrevistados la sexualidad es un tema en constante discusión, del cual todos

opinan y dicen algo al respecto. Sin embargo, también se encuentra que en la práctica del sexo emerge lo más singular de cada uno, es decir, lo que cada uno teme, cree o desea. La sexualidad es asumida desde lo individual a pesar de lo que otros dicen de ella. Principalmente se encontró que las versiones sobre la sexualidad dependen de lo que se deduce de la propia experiencia, y es reconocida como una vivencia de carácter subjetivo que introduce a su vez juicios particulares. Al respecto una entrevistada dice lo siguiente:

En general, a ver, primero que todo, dicen que es rico, yo soy virgen. Dicen que es chévere. Pero yo digo que eso uno lo debe empezar cuando uno ya esté muy maduro y sepa qué es el amor, y que uno sí va a hacer las cosas es por amor no por pasarla bien y divertirse. Porque en muchos casos por eso es el sida, por eso son las enfermedades, por eso son los embarazos.

Para algunos jóvenes (hombres o mujeres) no haber tenido su primera experiencia íntima hace que la expresión sobre ella sea de miedo, sobre todo por lo que puede acarrear el contacto sexual. Aunque se encuentran diferencias con quienes han tenido una vida sexual activa, el fantasma que se construye en relación con el sexo muestra en la mayoría de los casos que hay algo que inquieta y restringe el goce sexual.

Lo que se dice en el medio, lo que expresan los amigos y lo que se ha instituido como discurso de la sexualidad en el contexto, tienen efectos por cuanto el joven lo corrobora por sí mismo. En cierto sentido, se puede afirmar que la versión sobre la sexualidad que expresan los jóvenes entrevistados está dada por su propia experiencia y no por la de los otros.

Es determinante el valor que los jóvenes atribuyen al sexo en sus vidas y la incidencia de este discurso en su identidad. Se apreció que el manejo de la sexualidad permite hacer reflexiones, sentar posiciones frente a sus vidas, todas ellas situaciones que probablemente no se lograrían de otra manera por una vía diferente. La sexualidad evidencia que el

joven puede decidir sobre lo que quiere. De cierta manera, el sexo les interroga no sólo por el manejo del órgano sexual, sino también por la relación que se establece con significantes, con implicaciones como el amor, la madurez en las relaciones y el cuidado del cuerpo.

En relación con el amor, por ejemplo, los jóvenes relatan que el sexo significa compromiso, estar enamorado(a), la existencia de una relación estrecha de respeto y confianza. Un joven opina: “si yo voy a estar con esa persona es porque la amo”. Esto quiere decir que la sexualidad puede entenderse, aún en los tiempos actuales, como la expresión de un sujeto que piensa la relación directa entre amor y sexo, o sexo por amor.

En los jóvenes también existe la idea de que la sexualidad debe asumirse con madurez. Este concepto está determinado por el cuerpo y por la experiencia que se tiene en el ejercicio de la sexualidad. Un joven relata:

Yo pienso que el sexo se tiene que tener cuando uno ya es maduro; en cambio nosotros lo tenemos es por curiosidad, porque escuchan pues a los adultos hablar de eso y les causa intriga, quieren saber qué es.

Para los jóvenes entrevistados, la madurez significa ser adulto, y aunque ser joven no les excluye de practicar el sexo, sí tienen clara la idea de que una cosa es el sexo por curiosidad y otra cosa es el “sexo maduro”. En cierto sentido, se puede afirmar que estos jóvenes conciben el sexo como un acto curioso que se diferencia del “sexo maduro”, cuyo sentido encarna lo que sería un sujeto responsable. La responsabilidad es un significante que interroga a los jóvenes. Ellos saben de qué se trata el ser responsable de algo o de alguien, pero a veces las contingencias de los actos sexuales no están bien calculadas y hay la convicción de que no merecen ser asumidas. Uno de los fenómenos que obliga a considerar el paso de la “sexualidad curiosa” al “sexo maduro”, “el responsable”, está dado en primera instancia por las enfermedades de transmisión sexual (ETS). Al respecto se pudo apreciar el temor

que los jóvenes tienen a enfermarse, sobre todo a causa del contacto sexual. Es un acontecimiento que reviste mucha gravedad para ellos. Más allá del malestar que pueda generar un compromiso afectivo, una paternidad o maternidad precoz, las enfermedades de transmisión sexual son uno de los límites al goce sexual, a su práctica sin condiciones. Las limitaciones que impone el temor de enfermar los obliga a escoger sus relaciones y a ser precavidos con las personas con las que tienen sexo. Al respecto un joven dice:

Uno no puede estar con la primera que uno quiera. Que esta me pareció muy buena, uno no sabe que hay en esa mujer, uno la tiene que aprender a conocer bien, tratarla, que no vaya a tener nada raro... o así a estar enferma.

Es tal el alcance de lo que significa tener una enfermedad de transmisión sexual que la intención de tomar medidas al respecto es una actividad que los convoca, como lo hacen otros temas propios de su edad. Un joven dice:

Ahí nosotros nos ponemos a hablar de eso, sí, que tin... que uno se tiene que cuidar para que no le peguen las enfermedades ni nada. Ahí nos ponemos a tratar el tema nosotros.

De otro lado, se tiene que el “sexo maduro” se identifica como el compromiso adquirido al ser padre o madre joven. En este sentido los entrevistados expresan temor no tanto a la función paterna o materna, sino a lo que implica hacerse responsable, a lo que ello impone: tener que trabajar, no poder estudiar, no poder salir cuando se quiera, no estar libre. Al respecto una joven afirma:

[...] Un embarazo a la edad mía no es correcto porque yo todavía no he terminado de madurar, yo hago muchas cosas, ni siquiera he terminado el bachillerato como para ya ponerme a criar un niño.

Si el temor a adquirir una enfermedad de transmisión sexual es una contingencia asumida en el ámbito individual, ser padre o madre joven es representado como un error que

se paga, pero con una repercusión familiar y social más evidente:

[...] una cosa muy horrible es que uno está como por ahí tranquilo y se acuerda de cuáles pueden ser las consecuencias del sexo y uno se arrepiente de las cosas que hace, pero sabe uno que está todavía con la mamá, quizás donde uno tuviera un trabajo una se independizaría. Yo no me imagino la cantaleta de mi mamá si llego a quedar en embarazo.

Conclusiones

El análisis de la información que arrojó este estudio ha permitido conocer la manera en que los discursos estructuran la identidad de los jóvenes del Colegio Universidad Cooperativa de Colombia del corregimiento San Antonio de Prado del municipio de Medellín. Se pudo observar principalmente que la identidad está dada por la emergencia de los cambios que acontecen en el contexto y la significación que de estos hacen los jóvenes (Graffigna, 2004).

Por medio de sus relatos, los jóvenes entrevistados manifiestan la incidencia de la sociedad, la cultura y la comunidad en la identidad. Existen evidencias que permiten afirmar que la identidad está sujeta tanto al semejante (otro) como a los discursos que fundamentan la sociedad y la cultura.

La civilización —que se expresa a través de la cultura, la sociedad y la comunidad— se define en términos de discurso (Soler, 2010). De esa manera, los cambios que se producen en esas tres dimensiones (sociedad, cultura y comunidad) se pueden describir a partir de la emergencia de nuevos síntomas y de formas particulares de goce. Dicho en otras palabras, la civilización revela cambios sustanciales en las percepciones que tienen los individuos sobre sí mismos, sobre su comunidad y la forma singular como enfrentan las contingencias de la vida. En ese sentido, es necesario decir que la identidad no es dada, ni heredada, sino que es, en cierta forma, la significación paulatina de hechos históricos y actuales que operan

en la subjetividad del joven adolescente. Los principales discursos que emergieron a partir del análisis de la información, y que inciden en la identidad del adolescente, se resumen en cinco: la educación y la formación representada en el colegio; la comunidad; la familia; la subjetividad y la identidad, y la sexualidad.

En relación con la *educación*, se encuentra que el colegio, más allá de educar o instruir, cumple una función formativa que apunta más a la ética del sujeto que a la transmisión de conocimientos. Se alude al tipo de formación que implica crear en los jóvenes una especie de deseo de ética y lograr un análisis de las situaciones, no tanto en términos de bien y mal, sino de elaboración de un sentido para su propia vida y la vida de sus semejantes (Alonso, 2008). Dicho en otras palabras, el joven encuentra que el colegio le ofrece espacios específicos de interacción más apropiados y significativos para su identidad que la oferta académica propiamente instructiva que lo habilita para su posible y futura formación profesional. De esta manera, el colegio representa principalmente un espacio amplio que desmiente la educación entendida a través de la pedagogía tradicional y empodera la idea de una institución que tiene como función principal formar. Al respecto existe una investigación que va un poco más allá, y dice que si bien el estudiante va en busca de aprendizaje, también pretende formarse en aspectos diferentes a los contenidos propiamente teóricos (Reyes, 2009).

Si bien la formación es un concepto que puede abarcar generalidades, lo que se deduce en este estudio es que los jóvenes buscan en sus docentes, directivas y compañeros afectos tales como la confianza, la solidaridad y la comprensión, que representan para la identidad del joven la certeza de que son sujetos aceptados, valorados y, en cierto sentido, amados (De la Torre, 2008).

La formación como una acción fundamental en los colegios y escuelas ha sido objeto de investigación. En un estudio realizado en

Santa Marta se encuentra que el docente formador y educador debe, en resumidas cuentas, conocer su función; esto implica tener la responsabilidad de desarrollar al máximo sus competencias para evaluar sistemáticamente su trabajo, preguntarse por los acontecimientos del aula, de la institución educativa, por las dimensiones de desarrollo de sus estudiantes, y por los resultados de los procesos de enseñanza y aprendizaje, entre otros aspectos. En esta perspectiva, el docente es una especie de investigador de su propio ejercicio (Barrera, Dilia y Margarita, 2009).

El docente como figura principal del acto formativo debe conocer su función de saber hacer pero en relación con su deseo de ser docente, es decir que él mismo se acepte como tal, ya que sólo así podrá permitir la formación y la instrucción educativa de una manera más adecuada. Esto quiere decir que los efectos de la formación también son dados por la vía de la transferencia, que es lo que le permite al docente dar algo de sí a los estudiantes, lo cual implica un ofrecimiento que no es precisamente dar solamente conocimientos.

Algo similar sucede en relación con el conjunto directivo del colegio, el cual, además de presentarse como el representante de la institución, debe estar convencido de que la organización, el orden y las normas que se ven representadas en los manuales de convivencia y demás instructivos operarán de manera adecuada, para un estudiante no sólo se eduque en ellos, sino que también se forme en tales lineamientos disciplinarios.

En cuanto a la *comunidad* como discurso, esta se define como las nuevas formas de intercambio, con la característica principal de que todo lo que surge de compartir tiene efectos positivos o negativos sobre el conjunto de sus integrantes. La común-unidad implica que los efectos sociales inciden en los miembros de la comunidad y de esa manera se espera la formalización del lazo social. Álvaro (2010) define a la comunidad como el conjunto de relaciones recíprocas que tienden a la unidad,

o, más precisamente, a la unión. Sin esa relación, precisa el autor, no se concibe ninguna clase de vida en común. Además de constituir la sociedad, las comunidades poseen en su interior dinámicas que permiten definir lo que González (2007) denomina como el “nicho asignado”. Esto quiere decir que al sujeto le corresponde un lugar en la vida social a través de su comunidad, y esta ya ha instituido sus propias lógicas que habrán de permitir la identificación de sus miembros.

Los resultados de este estudio sugieren una comunidad bastante singular. El primer aspecto de esa singularidad alude a la desconfianza y al miedo; ambos significantes constituyen una condición de “estado paranoico” que si bien no determinan una estructura de personalidad, sí constituyen un rasgo decisivo en la institución del lazo social. Ahora, si se tiene claro que la significación del sujeto (joven en este caso) depende de la percepción de alguien en particular, del grupo social o la comunidad determinada, se encontró que la violencia que vive el sector alimenta la imagen de un semejante violento y poco confiable. Es una lógica comunitaria que ha condicionado el lazo social a la incorporación de contravalores de una cultura violenta orientando los estilos de vida a la reproducción de actos que van en contra de la formación identitaria propia y colectiva (Cerna, 2002).

Un segundo aspecto encontrado tiene que ver con la amistad, la cual constituye para estos jóvenes un elemento central que permite hacer comunidad y entablar lazos sociales. Sin embargo, los efectos de la violencia han hecho que lo que hace de la amistad un “valor social” representativo se ha ya vuelto excluyente por efectos de la desconfianza y el miedo.

Uno de los factores que en comunidad explica la desconfianza y el miedo hacia el “semejante”, es la delimitación de territorio. Izcovich (2005) anotaba que para tener una relación con los demás se busca siempre la exclusión de toda diferencia, es decir, plantea que en lo social existe la intención de relaciones entre iguales. Tal proposición refiere a

un ideal, porque, como bien es sabido, no hay iguales, lo que se encuentra son diferencias. Nadie es igual a otro, por el contrario, de lo que se trata siempre es de hacer las relaciones sociales conmensurables, posibles, por cualquier vía adaptativa.

Al respecto, se halló que hay exceso de diferencias. Las delimitaciones territoriales “elongan” el ideal del otro y hacen de este alguien desconocido y a veces incómodo, incluso peligroso. Entonces, las distancias territoriales fracturan las relaciones sociales, convirtiendo en extraños a antiguos vecinos o amigos. Los límites en el propio barrio hacen de la comunidad un cúmulo de desconocidos que intentan reacondicionar los espacios que antes fueron comunes. En ese sentido, el joven ya no tiene la posibilidad de hacerse a un significado claro de lo que representa para su identidad la relación entre territorio y lazo social.

En relación con la *familia*, se encontró que esta posee la función, además de ser un apoyo emocional y afectivo, de cernir el peso y el valor significativo de las figuras de identificación. La familia posibilita las figuras fundamentales de identificación (padre y madre), el conocimiento, la experiencia y la historia que viabilizan la apertura del joven al mundo de las identificaciones posteriores. En ese sentido, la familia cumple una función “formadora” del joven, una labor que está atravesada por el afecto y la norma.

Según los datos arrojados por el estudio, se diría que, tal como lo plantea Izcovich (2005), si el padre ostenta la función de la ley que introduce al joven en lo social, esta operación en el contexto en el que se realizó el estudio es escasa. Lo que se pudo hallar es que la ausencia e inoperancia de la función paterna ha propiciado que sea la autoridad pública o “la ley de la calle” (encarnada en bandas y combos) la que regule el goce de los jóvenes adolescentes. En consecuencia, se encuentra que la madre surge como una figura significativa que se las arregla como puede para orientar a sus hijos desde el puro deseo materno (De la Torre, 2008).

Un elemento que llama poderosamente la atención en el trabajo realizado es aquel que indica la formación familiar a partir de lo que ocurre en el contexto social y en el ambiente comunitario. La familia no aparece según la rúbrica moral del “deber ser” que históricamente se ha concebido. Lo que se pudo percibir es que está atravesada por el contexto, es decir, que la unión familiar, así guarde todavía rasgos que le son propios, ya debe ser concebida como un núcleo que se establece y que pasa por lo que ocurre en comunidad; es una especie de triangulación con fenómenos como la moda, las tecnologías virtuales, las dinámicas violentas del barrio, entre otras. Esa es la relación que se observa como componente de las familias actuales. Desde esa perspectiva de la familia triangulada, los jóvenes se identifican con lo que determina la familia y con lo que en ella condiciona la sociedad y la comunidad.

La *subjetividad* en el joven adolescente como discurso se expresa a partir de la historia de cada uno y de la manera como, a través del lenguaje, los jóvenes logran enunciar sus experiencias de forma particular. Para Bernardi (2006), la subjetividad alude al proceso de subjetivación, referida al hecho estructurante de que por la mediación de otro se hace posible ser uno, es decir, hablar, juzgar, desear, vivir la vida de una manera propia, y así pertenecer al lazo social y recrearlo. La subjetivación de las experiencias permite argumentar que la identificación parte de vivencias pasadas y presentes.

Durante la investigación se pudo observar la implicación subjetiva de la “adherencia social y cultural” a la que responden los jóvenes. Es lo que Lacan denomina el “pegoteo” que, entendido desde lo social, hace de la identidad una dimensión de alienación y desalienación debido a que la identificación siempre está ligada con el deseo del otro (Izcovich, 2005).

En el estudio se pudo encontrar que el joven depende de lo que emerge en la sociedad, en la cultura y en su comunidad para reconocer lo que le es propio. En ese sentido, todo

cambio social, todo discurso, es la garantía de un significante que viene a representar nuevas significaciones en la vida del sujeto en cuestión. Esta es una conclusión a la que se llega y que coincide con un estudio realizado por Ravinet (2002) en Chile, en el que se afirma que los efectos de los cambios culturales tienen un impacto especial entre los jóvenes. A partir de ese análisis se pudo constatar que son ellos, los jóvenes, quienes viven con más intensidad el proceso de construcción de proyectos de vida personal y, por lo mismo, quienes más dependen del apoyo cultural de la sociedad para cumplir con éxito su tarea. Entonces, para Ravinet (2002) las nuevas generaciones son las que mejor aprovecharán las oportunidades que trae el cambio cultural, aunque también recibirán con mayor fuerza las ambivalencias de ese proceso.

Uno de los elementos que más llama la atención en la investigación realizada con los jóvenes en el Colegio Universidad Cooperativa de Colombia en San Antonio de Prado es el peso de la interpretación simbólica como forma de establecer lazo social. En el campo del lenguaje, el intercambio simbólico viene a representar lo más importante para instituir lazos sociales. Esta característica valida el hallazgo según el cual los jóvenes entrevistados están más regidos por el símbolo que por el habla oral, es decir, lo que regula las relaciones es lo tangible, lo que se puede apreciar, mas no lo que significa una palabra o su sentido (Bertolino y Perelli, 2005). Esa definición de lo social por lo simbólico está descompuesta en ciertos aspectos que toman mayor fuerza dependiendo del contexto, de la dinámica social y de la historia personal. En este sentido, cobró relevancia la interpretación que hacen los jóvenes de los gestos, de las miradas, el tono y la pertinencia de la risa. Asimismo, es de suma importancia lo que implica la delimitación de territorios, la incidencia de los llamados “límites imaginarios” que son reguladores del contexto y de esa manera inciden en la constitución de la identidad cultural.

Esto ocurre de manera diferente con el habla oral, la cual se aprecia más como obstáculo que como mecanismo mediador que permite hacer lazo. Al respecto se pudo observar que esta, en cierta forma, maltrata las relaciones porque no hay la confianza suficiente en las palabras, existen dudas sobre ellas y el supuesto de que lo que se dice no es respetado, es incumplido y poco valorado. Es la evidencia, según la cual mediante las palabras no es posible decirlo todo, por tanto es necesario de un contexto, un espacio y una historia adecuada que las valide. Los resultados de la investigación son recurrentes en mostrar que el habla oral se queda corta por cuanto el otro representa temor y desconfianza.

El último discurso que surgió en la investigación es el de la *sexualidad*, en torno a la cual giran elementos bastante representativos de la identidad de los jóvenes. En los resultados hallados se encontró la desvinculación que plantean algunas investigaciones entre estrato social y promiscuidad sexual, o los efectos adversos que causa la falta de educación sexual en los adolescentes, como lo afirma un estudio realizado por Padrón y Fernández (2008) según el cual la falta de educación sexual en la escuelas es la causa de los problemas de identidad sexual en los jóvenes. En uno de los apartados, esta investigación concluye: “Para abordar adecuadamente la problemática de la salud sexual y reproductiva, urge que en los establecimientos educativos la educación sexual sea incorporada en la currícula escolar” (Checa, 2005, p. 184).

Lo que se encuentra en los jóvenes del Colegio Universidad Cooperativa de Colombia en San Antonio de Prado es algo diferente, expresado de la siguiente manera: los jóvenes poseen una explicación coherente de lo que es su sexualidad y de la función que esta cumple en cada uno. Ello implica que si bien el joven está “atiborrado” de información sobre la sexualidad de todo tipo, en el acto propiamente sexual, que es *su* sexualidad y no *la* sexualidad, es decir, que es el ejercicio singular del sexo y

no lo que otros dicen sobre él, cada uno tiene su propia versión ya elaborada. Tal versión está mediada por la cultura, pero también está atravesada por su particularidad. En ese sentido, el miedo a las ETS surge como otro factor que impide gozar sin límites de la promiscuidad y avisa de la emergencia del acto responsable sobre la sexualidad.

Otro elemento importante a considerar en la dimensión de la sexualidad y la identidad es la dinámica social que hay en esta. Lo que hace que no se pueda ejercer la sexualidad “con cualquiera” es particularmente los hábitos y las formas de interacción mediados por la violencia, el miedo y la desconfianza en el otro. Ese cualquiera representa un enigma, un riesgo, que incluso puede atentar contra la propia integridad física. En ese sentido, “el amor” se filtra como un componente definitorio en la sexualidad y cumple su rol en la identidad. En los jóvenes el amor permite argumentar dos situaciones fundamentales: la primera es que este puede ser la única manera de apaciguar el sentimiento de desconfianza o miedo sobre el otro y así permitir recortar las distancias que los separan. En nombre del amor es posible parar de gozar (Miller, 1998), por eso se dice que el amor lo puede todo, hasta lograr objetivos. La segunda es que si el amor constituye un afecto que explica interés especial entre sujetos, muchas veces irrepresentable, puede forzar la interacción, los pactos, los acuerdos y de plano movilizar sentimientos de responsabilidad sobre los propios actos y sobre los actos de los demás.

Referencias

- Alonso, S. (2008). Una educación para formar sujetos éticos. *Revista Iberoamericana de Educación*, 46(5), 1-4.
- Álvaro, D. (2010). Los conceptos de “comunidad” y “sociedad” de Ferdinand Tönnies. *Papeles del CEIC*, 1(52), 1-24.
- Barrera, M., Dilia, M. y Margarita, I. (2009). Identidad personal y profesional de los docentes de preescolar en el distrito de Santa Marta. *Educación y Educadores*, 12(1), 43-59.

- Bernardi, R. (2006). *Sobre espejos y lámparas: implicancias de la comunicación en el proceso de subjetivación*. Recuperado de www.apuruguay-org/bol_pdf/bol-bernardi-1.pdf
- Bertolino, E. y Perelli, L. (2005). *Lenguaje, subjetividad y cultura*. Rosario, Argentina: UNR.
- Cerna, C. (2002). *Identidad, cultura y violencia juvenil en el Perú*. Distrito Federal de México: Universidad de San Marcos.
- Checa, S. (2005). Implicancias del género en la construcción de la identidad sexual del adolescente. *Anales de la Educación Común*, 2(1), 183-193.
- De la Torre, P. (2008). Psicoanálisis aplicado. Padres y adolescentes. *Revista de Psicoanálisis, Psicoterapia y Salud Mental*, 1(3), 1-11.
- Duero, G. (2006). Relato autobiográfico e interpretación: una concepción narrativa de la identidad personal. *Athenea Digital*, 9, 131-151. Recuperado de <http://redalyc.uaemex.mx/pdf/537/53700908.pdf>
- Graffigna, M. (2004). Identidad laboral e identidad social. *Estudios sobre cambiosocial*, (14), 10-11. Recuperado de http://lavboratorio.fsoc.uba.ar/textos/14_2.htm
- González, N. (2007). Bauman, identidad y comunidad. *Espiral*, 14(40), 179-198.
- Hurtado, G.M. (2003). La identidad. *A Parte Rei*, 28, 2-10.
- Izcovich, L. (2005). *La depresión en la modernidad*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana.
- Merino, G.C. (1993). Identidad y plan de vida en la adolescencia media y tardía. *Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe. Ciencias Sociales y Humanidades*, 16, 7-8. Recuperado de http://www.uned.es/reec/pdfs/16-2010/REEC_16_2010.pdf
- Miller, J. (1998). *Lógicas de la vida amorosa*. Buenos Aires: Manantial.
- Mordini, E. (2006). *La globalización y la pérdida de identidad*. Comisión Europea, Dirección General de Investigación. Recuperado de http://www.pahef.org/success_stories/ethos_iv/spanish/GlobalizacinYLaPrdidaDeIdentidad.pdf
- Padrón, M.D. y Fernández, L. (2008). *Libro blanco sobre la educación sexual*. Málaga: Centro de Ediciones de la Diputación de Málaga.
- Ravinet, M. (2002). *Transformaciones culturales e identidad juvenil en Chile*. Santiago de Chile: PNUD.
- Reyes, J.A. (2009). La escuela secundaria como espacio de construcción de identidades juveniles. *Revista Mexicana de investigación educativa*, 14(40), 147-174.
- Soler, C. (2010). *Florilegios del mensual*. Medellín: Foros del Campo Lacaniano.
- Stake, R. (1998). *Investigación con estudio de caso*. Madrid: Morata.
- Strauss, A. y Corbin, J. (2002). *Bases de la investigación*. Bogotá: CONTUS-Editorial Universidad de Antioquia.
- Strauss, M. (1998). *La relación de objeto*. Medellín: Asociación del Campo Freudiano de Colombia.